

De la miseria y del dolor mundano,
Invocar el auxilio soberano
Del dulcísimo nombre de MARÍA.

¡ Dichoso quien le adora !
¡ Feliz quien en él fía !
Dulce será su postrimera hora
Y dulce su agonía ;
Y al cerrarse sobre él la sepultura
Para emprender temblando de pavora
De la tremenda eternidad la vía,
MARÍA de su alma protectora
Alumbrará su eternidad sombría.

PLEGARIA.

MARÍA, cuyo nombre
Como conjuro santo
Ahuyenta con espanto
La saña de Luzbel,
Escribeme en el pecho
Tu nombre omnipotente,
Porque jamás intente
Aposentarse en él.

MARÍA, Soberana
De cuanto el orbe encierra,
Rocío de la tierra,
Estrella de la mar,
Tu nombre misterioso
Será el fanal tranquilo
Que alumbrará el asilo
De mi terreno hogar.

MARÍA, cuyo nombre
Es fuente de pureza
Que lava la torpeza
Del frágil corazón,
Tu nombre será el agua
Que el mío purifique
De cuanto en él radique
Maligna inclinación.

MARÍA, luz del cielo
Cuya brillante esencia
Es luz de toda ciencia,
Y del saber raudal,
Tu nombre sea antorcha
Cuyo fulgor ahuyente
De mi acotada mente
La lobreguez letal.

MARÍA, cuyo nombre
Es música mas suave

Que el cántico del ave
Y que del agua el són,
Tu nombre sea fuente
Do heban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiración.

MARÍA, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia
Se inclina á perdonar,
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra,
La última palabra
Que exhale al espirar.

LA PRESENTACION.

(21 de noviembre.)

I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas,
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantea
Del Carmelo, y la escarcha matutin
Cubria con su alfombra cristalina
La llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron
De Salen el camino trabajoso :
Y huyendo del invierno riguroso
Atravesar los valles resolvieron
Sendero largo más, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
Y los desnudos montes de Samaria,
Cuya tierra fecunda en quebraduras,
Torrentes espumosos y en oscuras
Cuevas, jamás fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
Por la dulce pendiente embalsamada
Entraron de Saron en la llanura,
Que es el mas fértil y salubre suelo
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas
Aromáticos cedros y palmeras

Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules.
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
El plátano, delicia de los valles,
Y el viejo olivo de inmortal verdura
Sombra á las cepas dá jugo y frescura,
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas
Terebintos, abetos y granados,
Brotan allí jaspeadas clavellinas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la region y es todavía
Por donde lentamente caminaban
Los venturosos padres de MARÍA :
Y por gozar sus auras y alegría
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
Para con Dios, sus pechos paternales
En el tiempo al pensar de aquella ausencia
Sentian asaltar ansias mortales,
Su vejez preveyendo y su indignancia.

Así un día tras otro su camino
A la santa ciudad siguiendo fueron
Y desde un cerro á la ciudad vecino
Al resplandor del astro matutino
Un día de Salen las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
Del sol del mismo día, por la puerta
Entraron de Efrain y por sinuosas
Y angostas callejuelas tenebrosas
Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquin bien avanzada,
Largo el viaje, el camino fatigoso,
De la puerta oriental en retirada
Mansion, de gente mísera posada,
Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje
Buscó Joaquin los cándidos presentes
Del religioso y sólito homenaje,
De la familia de Ana y su linaje
Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla
Que debía servir de ofrenda pura,
Y de harina un gomor cuya blancura
Escedía á la nieve que al sol brilla
Del empinado Líbano en la altura ;

Subió la numerosa comitiva
Con espléndidos trajes adornada
Del Dios Omnipotente á la morada,
Y á su frente marchaba con fé viva,
Superior á su edad, la presentada.

En el patio exterior á do primero
Llegaron, que jamás traslimitaba
Bajo pena de muerte el extranjero,
Ante el dorado pórtico severo,
De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
Eran, los sapientísimos doctores,
De la ley, fariseos fingidores,
Levitas, magistrados, generales
Y matronas ilustres y señores :

Pues quiso Jehová que la dichosa
Virgen que por recónditos caminos
Venía destinada á ser su esposa
Llegase á su morada suntuosa
Con pompa conveniente á sus destinos.

II.

Detuvo el paso lento
La fausta comitiva
Tocando el pavimento
Del encumbrado *chel* (1),
Y la profana gente
La faz humilló altiva
Ante la faz ardiente
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
Giró sobre sus gonces :
Entró Miriam incierta
Del sacerdote en pos,
Y pudo el pueblo entonces
Mirar por un instante
El fondo centelleante
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas
Con oriental riqueza,
Sus piedras afirmadas
Con lantás de metal,
Sus sólidos pilares
Do apoyan en su alteza
Los techos tutelares
Del santuario real.

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mugeres.

El pórtico sagrado
Pasó Miriam : su planta
En la comarca santa
Siguieron nada más
Sus padres y parientes,
Y víctima mas pura
En su réal clausura
No penetró jamás.

En el umbral postrero
De un patio donde crecen
El verde limonero
De amarillenta flor,
El tamarindo umbroso
Y el lauro, que estremece
Con ruido sonoro
Su perennal verdor,

Los viejos sacerdotes
Y los levitas graves,
De cánticos suaves
Y del salterio al són,
A recibir salieron
A la sin par MARÍA,
Que á Jehová ofrecía
Su casto corazón.

Fué el blanco corderillo
Sacrificado : el fuego
De sus entrañas luego
La carne consumió :
Se hicieron libaciones
De aceite, sangre y vino
Ante el altar divino
Do el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,
Los destrozados restos
De la inmolada víctima
Se hicieron repartir,
Segun de aquellas gentes
Costumbre, á los parientes
De Ana, que sus lágrimas
No acierta á reprimir.

Tendieron de MARÍA
Sobre la real cabeza
Un velo, de pureza
Virgínea señal
Como la nieve blanco,
Mas de menor blancura
Que la inocencia pura
De su alma virginal :

Y el viejo Zacarías
Que, sacerdote sumo,
Entre una nube de fumo
Sagrado apareció,

Desde el umbral, propicio
La víctima aceptando,
De Dios para el servicio
La Virgen reclamó.

Romplendo entónces todos
Los maternales lazos,
Tomando entre sus brazos
A la hija de su amor,
Condujo á sus piés Ana
A su gentil MARÍA,
Tan llena de alegría
Como ella de dolor.

« Señor, dijo la madre,
A Dios traigo en ofrenda
De bendicion la prenda
Que dió á mi ancianidad.
A Dios la consagramos
Y Dios nos la reclama :
Nosotros acatamos
Su santa voluntad. »

El sacerdote alzando
A la postrada anciana
La dijo : « Vuelve, Ana,
A tu tranquilo hogar ;
Al que de Dios guarece
La proteccion suprema
Bajo su amparo crece
Seguro ante su altar.

Vuelve á tu hogar, anciana,
Y hásta su puerta amiga
De Jehová te siga
La bendicion en pos.
No pierdas tus vigiliás
En maternales quejas,
Porque á tu hija dejas
Encomendada á Dios. »

Diciendo así el pontífice
Con brazos cariñosos
Bendijo á los esposos
Y al pueblo despidió :
Y del sagrado templo
Tras de las puertas de oro
MARÍA con el coro
De vírgenes quedó.

LIBRO TERCERO.

MARÍA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
Cuyo sereno vuelo
En la region del cielo
A remontarse vá :
Vapor de suave aroma
Que en odorante nube
Hasta el alcázar sube
Mansion de Jehová :

Flor del Eden preciosa,
Cuyo capullo abierto
Derrama en el desierto
Su celestial olor,
Tu esencia misteriosa
Permaneció ignorada
En la infeliz morada
Del siervo del error.

El hombre es un gusano :
Sus ojos son de tierra
Y en ellos luz no encierra
Para mirarte á tí.
Nublado el ojo humano
Por míseros antojos
Brillar no ve en tus ojos
La luz de Adonái.

Reina del sol que germen
Y luz dá á la campiña,
Terreno sér y niña
Te cree Jerusalem :
Sus razas que en tinieblas
De vanidad se aduermen
Del vicio entre las nieblas
A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
Al templo te acogiste :
Tú, que elegida fuiste
Por templo de Emanuel.
Morar en su santuario
Tu corazón quería
Cuando morar debía
En tus entrañas EL.

De su santuario dentro,
Bajo sus techos de oro,
Tu sér como el tesoro
De mas valer guardó :

Y el silencioso centro
De su mansion sagrada
Sondar la vista osada
Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
Las horas en el templo ?
Tú, de virtud ejemplo
Y virginal unción,
Creciste cual las flores
Que doblan su fragancia
Y avivan sus colores
Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias
Del Hacedor del dia,
Rosal de Alejandría,
Ciprés de Jericó,
Las místicas memorias
De tu niñez dichosa
De sombra misteriosa
El cielo circundó.

Oculto, guarecida
Bajo el sagrado velo,
Esencia contenida
En hidria de cristal,
Joya de Rey guardada
Con precavido anhelo,
Semilla conservada
Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
Del dueño de la vida,
A tu Señor unida
Con misteriosa union :
Y en tí su Sér moraba,
Y el tuyo á El llegaba
Salvando los espacios
Tu férvida oracion.

Tú, Virgen escogida
En su saber profundo
Para traer al mundo
La fé y la salvacion,
Sus juicios ignorabas,
Mas por tu fé impelida
A Dios le consagrabas
Tu limpio corazón.

Tú, Reina de los seres
Que el paraíso moran,
Tú, cuya huella adoran
Los justos de Sion,
Al polvo descendiste
Del sér de las mugeres
Y entre ellas te impusiste
Grósera ocupacion.

Tú con las otras *almas* (1)
Del templo habitadoras,
Pasaste largas horas
Callando tu alto sér,
En adornar las palmas
Y entretener las flores
Del templo, y en labores
Humildes de muger.

Tus dedos transparentes
Hilaron diligentes
Los linos de Pelusa,
Las sedas del Cedar:
Tu mano soberana
Tejió la blanca lana
Que el sacerdote usa
Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
Al místico servicio
De Dios siempre dispuesta
Velabas sin cesar:
Y un día y otro día
Del cruento sacrificio
En la solemne fiesta
Se oía tu cantar.

Leal, caritativa,
Sincera y obediente,
Con todos indulgente
Y en todo sin igual,
Imágen eras viva
De la virtud suprema
Que dá inmortal diadema
Al alma del mortal.

Así creciste, pura
Emanación del cielo,
Embalsamando el suelo
Y el templo de Israel,
Tú, escelsa criatura,
Muger divina y santa,
A cuya régia planta
La luna dá escabel.

Así pasando fueron
De tu niñez los días,
Entanto que adquirias
Las fuerzas y la edad
Para que en tí cumplida
La ley que te impusieron,
De dar al mundo vida
Viera la humanidad.

(1) Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

Pasaron así bellos
Los días de tu infancia
En tu apartada estancia
Del templo de Salen,
Llegando detrás de ellos
Los días de amargura
Que á nuestra raza impura
Franquearon el Eden.

¡Ay! cuando á luz naciste
Para salvar la tierra
Al mal te sometiste
De su fatal mansion:
Y del dolor que encierra
La bárbara agonía,
Pronto ¡ay de tí! debía
Herir tu corazón.

En vano consagrabas
La flor de tu pureza
Al Dios de quien enviabas
Tu corazón en pos:
Su rayo se encendía
Sobre tu real cabeza,
Y que acatar había
La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
Días de llanto, en cuyas lentas horas
Se debían llenar los tenebrosos
Designios del Señor. Él solamente
Penetraba el hondísimo misterio
De nuestra Redención: su sabia mente
Percibía no más la luz futura
Que, para bien de la terrena gente,
Iba á alumbrar la lobreguez impura
De su mansion: su poderosa mano
Preparaba á los tiempos el camino:
Y momento á momento, grano á grano
Iba en la eternidad inmensurable
Arrojando implacable
Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
Aguardando el instante pavoroso
En que del gran misterio tenebroso
La justicia de Dios rasgara el velo;
Y temblaban las almas
De Abraham en el limbo detenidas
Ansiando, de él para salir, las palmas
Por el cielo á los justos prometidas:
Y temblaba el monarca del infierno
Esperando en sus lóbregas moradas
El punto en que sus puertas quebrantadas
Iba á pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía
Su porvenir recóndito ignoraba,
Y ya el ángel precito adivinaba
Los destinos futuros de MARÍA.
La voluntad de Dios no le dejaba
Llegar de la dichosa nazarena
Al alma virginal, que vió en el mundo
Entrar de culpa original ajena:
Y en su saber y en su furor profundo
Sentía el pié de la que así nacía
Hollar triunfante su cerviz impía.
Ella empero ignorante
Del porvenir augusto, orando á solas
Consigno misma y del Señor delante,
Del mar del porvenir no percibía
Crecer y embravecerse á cada instante
El viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
Que ligaban su espíritu á la tierra
Antes que el germen que su sangre encierra
Fecundara el aliento omnipotente,
Y recibieran sus maternos brazos
Al Rey eterno de la humana gente.
E a preciso que la flor de mayo
Sobre su tallo se apoyara sola,
Para que el fuego asolador del rayo
Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
Bella sin par entre las mas hermosas
Que por las sendas de la tierra oscuras,
Obediente á las leyes misteriosas
De Jehová, tus huellas
Hacia el sangriento Gólgota encaminas,
Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
De hoy más tan solo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras
De tu alta gracia el talisman ejerza
En pro de nuestras almas pecadoras,
Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
Que huérfana te veas, que devorés
Tu tiempo en soledad, y pues nacistes
Para ser el consuelo de los tristes
Fuerza será que con los tristes llores.
Fuerza es, ¡oh madre del amor divino!
La hiel que apures del pesar humano:
Es fuerza que al dolor de tu destino
No se iguale jamás dolor humano,
Para que al darte de su madre el nombre
En su aflicción, tu nombre soberano,
Símbolo de tu duelo sobrehumano,
Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmórtales
Se corone tu cándida cabeza,

Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales:
Apresta, pues, tu alma á la fiereza
De tus hondos destinos celestiales.
Tu paz concluye do tu gloria empieza,
Y aquí se empieza, celestial MARÍA,
El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquin, la vista fija
En su hermosa Miriam, su domicilio
Mudó á Jerusalem, y al pié del templo,
Para vivir mas cerca de su hija,
Compró, de sus parientes con auxilio,
Una pobre mansion, donde él y Ana
Eran, de amor y de virtud ejemplo,
Muestra viviente de bondad humana.

Hacia ya dos lustros que no oía
El rumor de los olmos y las cañas
De Nazaret, cuando al morir de un día
De otoño el tibio sol, sintió que hería
La mano de la muerte sus entrañas.
Su último aliento recogió en el pecho
Por alargar un punto la existencia,
Su alma con la religiosa diligencia
Tornando á Dios desde el mortuario lecho.
Su postrimer deseo procurando
Ana cumplir, al templo fué llorando
Al sumo sacerdote Zacarías
A avisar que llegaba
Su esposo al fin de sus cansados días.
Acudió presuroso
El sacerdote austero
A la mansion del moribundo esposo,
Mas no llegó el primero:
Ya su faz con sus lágrimas regaba
MARÍA, que con paso mas ligero
De llegar acababa,
Y que á las manos de su padre asida
Tal vez con sus suspiros intentaba
Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
El espirante padre al sacerdote
Encomendó cuanto en el triste mundo
Dejaba: la hija que á sus piés gemía
Y la muger con quien partido había
En la prosperidad y en la indigencia
El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquin iluminados
Por el Señor en su postrer instante,
El glorioso esplendor, el sol brillante
Percibió de los días reservados
A aquella hija divina que le llora,
Y una sonrisa iluminó el semblante

Del noble viejo, luz consoladora
Que le mostró su eternidad radiante :
Y sus manos poniendo en la cabeza
De aquella hija del mundo salvadora,
Espiró sin congoja ni agonía,
Del alma pura la mortal corteza
Dejando entre los brazos de MARÍA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
La noble virgen y la madre anciana,
Y sobre el mármol que á su bien encierra
Lloraron á su bien MARÍA y Ana.
Cuando de llanto el natural tributo
Pagó al amor su corazón doliente,
Del mármol se alejaron tristemente
Para esconder su soledad y luto
La hija del templo bajo el áureo techo,
La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues... es una tarde
Apacible y serena;
El sol, de luz en el postrer alarde
De rojo resplandor el aire llena,
Y su esplendente claridad tendiendo
Por la estension del cárdeno horizonte
Como un manto de púrpura, derrama
Desde la cima del escelso monte
Su temblorosa llama,
Que como vasto incendio reverbera,
Con su postrer fulgor enrojando
Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El día de la fiesta de las flores
Celebra el pueblo de Judá; se escuche
El suave són del cántico sonoro
Del templo y por los aires se levanta
El humo azul del incensario de oro,
Que con el aura al elevarse lucha
Fugaz lamiendo la techumbre santa.
MARÍA de las *almas* entre el coro,
Acompañada del salterio canta
Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
En cuanto abarca su ámbito invisible
Desde el zenit al bátrato profundo
Mudo y atento para oír se inclina
El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
Derramado se esparce por el viento,
Y embelesa el oído
De todo sér, y ahoga todo ruido
Que existe en aire, tierra y firmamento;
Y á los acentos de su voz suaves
Las rumorosas auras se adormecen,
Las sonoras corrientes enmudecen,
El eco olvidan de su voz las aves
Y en su lecho de arena movidiza
Lentas las olas de la mar se mecen

Y el agua amarga que su són hechiza
Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina
La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
Ningun encanto á su favor inclina
Como el poder de los humanos reyes,
Las fuentes del dolor abre entretanto
En la alma de Miriam, y en sus enojos
Aguarda el fin de su armonioso canto,
Segunda vez para anegar en llanto
La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita á quien seguía
Una mujer cubierta con un velo,
La ceremonia al concluir el día
La instó á seguirle con doliente anhelo.
Obedeció la cándida doncella
Y del materno hogar á la morada
De ámbos detrás encaminó la huella.
Al umbral de su puerta aglomerada
Reunion de mugeres silenciosa
Esperaba sin duda su llegada,
Compasiva tal vez, tal vez curiosa.
« ¿ Qué es esto, hermanas mías?
Preguntóles Miriam sobresaltada.
¿ Porqué en el mas alegre de los días
Delante de mis puertas os encuentro
Veladas, taciturnas y sombrías?
¿ Qué mal se alberga de mi casa dentro? »
Mas las mugeres á su voz callaron
Y apartándose ante ella, de la puerta
El paso le franquearon.

Con angustiado afán, con planta incierta
En la morada penetró MARÍA,
Y en la primera estancia que halló abierta
Donde una turbia lámpara lucía
A su madre encontró. — No estaba muerta
La anciana todavía :
Mas con la vista próxima á apagarse
La buscaba afanosa,
Incapaz de explicarse
Con voz ni con acción mas cariñosa.
Sonreír dulcemente
La vió la hija infeliz al acercarse
Al solitario lecho,
Y al abrazarla con filial ternura
Con el postrer aliento de su pecho
Un beso maternal grabó en su frente,
Y al querer la divina criatura
Volvérsele á su vez su boca pura
Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
Por el impulso repentino herida,
De la madre perdida
Cayó sobre los míseros despojos,
Llenos quedando en su dolor inmenso
Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente día
La misma tumba que á Joaquin encierra
De la esposa el cadáver recibía,
Sobre el haz de la tierra
Sola quedaba en orfandad MARÍA :
Mas de Dios á los fallos resignada,
De religiosa abnegación ejemplo,
A la merced de Dios encomendada
Al amparo de Dios volviése al templo.

III.

Serena es la noche :
Con luz argentina
La luna ilumina
La humana region,
Y el cielo, que de astros
Sembrado destella,
Desplega sobre ella
Su azul pabellón.

Serena es la noche :
Su lánguida calma
Infunde en el alma
Dulcísima paz ;
Meciendo las hojas
Del árbol suspira
El aura que gira
Sonora y fugaz.

Ya duermen ahogando
Las aves el pio :
Cerrada al rocío
Ya duerme la flor.
Detrás de los astros
Que pueblan la altura
Radiante fulgura
La faz del Señor.

Al fuego del faro
Por Dios encendido,
En sueño sumido
Reposa Israél,
Cual rey, que, acampado
En tierra vencida,
Reposa cercado
De ejército fiel.

Allí, tras sus muros
De recia espesura,
Callada y seguras
Se duerme Salen :
Quebrando los tibios
Nocturnos reflejos
Brillar á lo léjos
Sus techos se ven.

Sobre una colina
Sus torres levanta
La fábrica santa
Del rey Salomón,
Del templo acotando
Los santos confines
De frescos jardines
La amena estension.

Sus vírgenes *almas*
Cultivan en ellos
Los árboles bellos,
Las plantas sin par
De que hacen fragantes
Guirnaldas vistosas,
Con que ornan piadosas
El templo y altar.

En cámara, á cuyas
Ventanas vecinas
Móviles cortinas
Los árboles dan,
Envía á los cielos
Con fé solitaria
Su casta plegaria
La triste Miriam.

Allí en su escondida
Sombria vivienda,
A Dios se encomienda
Con férvida fé,
Pidiéndole un aura
De dulce consuelo,
Que alivio en el duelo
De su alma la dé.

Su sér invisibles
Arcángeles guardan :
Querubes aguardan
Su pura oración,
Y á Dios se la llevan
Tendiendo triunfantes
Las alas brillantes
A la alta region.

Segun le atraviesa
Perfuma el espacio :
La gloria embelesa
Su místico són :
Y en forma de aroma
Que siente y que vive,
Aspira y recibe
Jehová su oración.

Mas llora al enviársela
Miriam : que es amarga
Su pena y es carga
Cruel de llevar,

Y solo contemplan
La tierra sus ojos
Cual campo de abrojos
Que vá á atravesar.

Su espíritu ignaro
Del sér en que existe,
Rebeldes resiste
Tan intimo afan :
Y en sí el gran misterio
Que encierra ignorando,
Al cielo llorando
Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente
Purísimo lloro
En un vaso de oro
Recoge Gabriel.
¡ Rocio de gracia !
¡ Esencia de fuego
Que habrá de ser luego
Salud de Israël !

IV.

Y en esta misma noche
Tristísima, fué cuando
A solas contemplando
Su misera orfandad,
Al Sumo Dios hacia
La cándida MARÍA
Un voto de perpétua
Y fiel virginidad.

PLEGARIA DE MARIA

« Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Renuncio á la esperanza
Del porvenir : jamás
Levantará hombre alguno
Mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
Mi casta soledad,
Señor, vuele á tí puro
Mi espíritu inmortal.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Circunde en hora buena
Mi solitario hogar
La niebla infamadora
De la esterilidad.
Señor, á tí tan solo.
La huérfana amará :
¿ Ni á quién sino á tí puede
Su corazón amar ?

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Tú vives en mi pecho,
Y en él no caben ya
Livianas sensaciones
De afecto terrenal.
Mi oído atento solo
Para tu voz está :
Mi corazón abierto
Para tu amor no más.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí. »

Así en su amargo duelo
Decía á Dios Miriam :
Mas ¿ ante quién se tuerce
La ley de Jehová ?
Sus santas oraciones
Hasta su trono van ;
Pero mudar no pueden
Su eterna voluntad.

Escrito estaba y pronto
Su velo virginal
Iba á dejar la esposa
Colgado ante el altar.

LIBRO CUARTO.

MARÍA ESPOSA.

I.

Lució para Miriam la misteriosa
Edad de los ensueños celestiales :
La edad en que se juzga mas dichosa
La muger en sus sueños virginales.

Edad lejana aún de la azarosa
Epoca de los recios vendabales
De la vida, en que vamos en bonanza
Vogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
La fé con aromáticos olores :
Cielo sereno que jamás la bruma
Empaña, ni aquilon con sus furores :
Mar de zafir cuya argentada espuma
No á impulso de huracanes bramadores
Hierve, sino del aura al suave aliento
Se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
Estacion de los goces de la vida,
En la cual ni esperanza hay engañada,
Ni amigo ingrato, ni ilusion perdida.
Pradera de mil flores esmaltada
Que á reposo y placer solo convida :
Breve edad de brevísima ventura
Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
Floridos, inocentes quince años :
En los que ignora el hombre los arteros
Lazos del mundo loco y sus engaños :
Edad en cuyos dias placenteros
Se ven y no se creen los desengaños ;
Vestibulo dorado de esta vida,
Mansion del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam : su seno
De juventud y de vigor henchido,
Sintió, aunque á instintos de impureza
Del corazón el juvenil latido : [ajeno,
Del fuego del amor le sintió lleno
Y hacía el amor con fuerza compelido ;
Mas como era su amor hijo del cielo
Hacia él tendió su corazón el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
Amorosa á los cielos se elevaba
Y en piélagos de amor y de ternura
Celestes se perdía y se estasiaba :
Y quebrantando la prision oscura
De la tierra, amorosa se exhalaba
Y del divino amor en Dios bebía
Torrentes de balsámica ambrosía.

Aquella flor divina, conservada
Del templo en el seráfico recinto
Y del Señor para el jardín criada,
Huía de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
Resistía del mundo el laberinto
Penetrar, y al Eterno consagrada
Vivir quería en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
Suben á Dios desde la sacra loma
Perpétuas nubes de aromoso incienso,
Anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso
Al Dios que el mar y las tormentas doma,
Bajo forma de místicos cantares
Eleva desde el pié de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
Que llena el universo de alegría,
Y cuando el tibio sol las cumbres dora
Con el reflejo postrimer del dia,
Y á la luz de la luna inspiradora
Siempre de celestial melancolía,
Himno perpétuo de su amor levanta
Y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
Creyó pasar de su inocente vida,
Olvidando la ley, tal vez severa
Mas honrada en Judá y obedecida,
Que obligaba á las vírgenes, cualquiera
Su condicion que fuese, esclarecida
O humilde, á sustraerse al afrentoso
Celibato en los brazos de un esposo.

II.

No la olvidaba en su rencor empero
Luzbel que, odiando su inmortal pureza,
Poner ansiaba el universo entero
Entre el pié de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
Dejando las mazmorras del infierno
A la region voló donde respira
La Virgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
Del templo en la vivienda solitaria,
A Dios volviendo los amantes ojos,
Enviaba á Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
Alas plegó sobre herial colina,
Entre unas ruinas lóbregas é informes
Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspicaz mirada
Por el recinto de Salen dormida,
Vió á Miriam por los ángeles velada
E ir al cielo en sus alas conducida
La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
En lugar de ceder con miedo santo
Sintió crecer su despechado anhelo,
Y dió un rugido, á cuyo són de espanto

Estremeci6se de Salen el suelo :
Y ansioso de venganza 6 de pelea
Volvi6 4 cerneirse con siniestro vuelo
Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces di6 de la ciudad la vuelta
En derredor de sus sagrados muros,
Y de su forma colosal, envuelta
En pliegues de vapor densos 6 impuros,
La masa informe por el aire suelta
Dibuj6 sus contornos inseguros
En la alfombra de mieses y de viñas
Que tapiza sus f6rtiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
Con ojo que penetra cuanto existe,
Una infernal sonrisa iluminaba
Su faz ceñuda siempre y siempre triste.
Digno tan solo de 6l un pensamiento,
Traidor, que fermentaba en su cabeza,
Hizole imaginar por un momento
Que podria asaltar su osada mano
Y manchar la castisima pureza
De aquella blanca flor, 4 la que en vano
Cerc6 con el vapor de la torpeza.

Permaneci6 un instante suspendido
Entre el cielo y la tierra en absoluta
Torva inmovilidad, embebecido
En meditar su vengadora idea :
Y con una señal, vista tan solo
De sus malditos s6bditos y de ellos
No m6s obedecida,
Convoc6 en torno de 6l cuantos de un polo
Al otro tienen terrenal guarida.

Audieron al punto aquellos seres,
Que sus hondos proyectos infernales
Vienen 4 realizar sobre la tierra,
Y bajo el dulce nombre de placeres
A inocular el g6rmen de los males
En el vicioso coraz6n, que encierra
El pecho de los miseros mortales.

Baj6 Luzbel 4 un valle que la luna
No iluminaba ya, y en torno suyo
Teniendo 4 los 6sp6ritus, que aduna
Su voluntad sat6nica y 4 cuyo
Torcido instinto sus proyectos fla,
Les dirigi6 la voz de esta manera,
Mas con eco tan d6bil que se hundia
Entre el rumor del aura en la pradera.

« Toda Israel conoce 4 la doncella
Que entonaba en la fiesta de las flores
Los c6nticos del templo. No hay en ella
Mas que gracia y virtud, luz y primores;

Es fuerza empero que su im6gen bella,
Revestida de imp6dicos colores,
De todos los mancebos en la mente
Como sombra de amor se represente.

Orn6os, pues, de mirtos y de rosas :
Tomad las formas leves y risueñas
De aquellas creaciones licenciosas
De Grecia, al hombre vil siempre halag6e-
Corred sobre sus alas aromosas [nas :
Las ciudades, los valles y las breñas,
Y el torpe coraz6n de los mancebos
Abrid 4 un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oido
Y se alce sin cesar en su memoria,
De su m6gico c6ntico el sonido
Y de su vida la virginea historia ;
De su amor, para todos prohibido,
Haced que aspiren todos 4 la gloria,
6 inflamad de Miriam por la hermosura
Una pasi6n universal 6 impura. »

Dijo : su infanda idea comprendiendo,
Los infernales genios sus secuaces
Se desbandaron, en silencio hendiendo
El seno de la atm6sfera fugaces ;
Y de su rey el pensamiento horrendo
Ellos no m6s de realizar capaces,
De las moradas de Israel el fondo
Comenz6 4 emponzoñar su h6lito hediondo.

Empez6 su sat6nica presencia
A turbar las pacificas mansiones,
Y empez6 su mal6fica influencia
A filtrarse en los torpes corazones ;
Y cuantos de Israel la efervescencia
Del juvenil ardor de las pasiones
Dominaba, 4 la virgen recordaron
Y con la im6gen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
Intent6 su castisima belleza
Profanar, ante un soplo del Eterno
Se disip6 : en su espl6ndida pureza
Se pint6 de las almas en lo interno
De los mancebos, y en su ruina vileza
Cuantos la im6gen de Miriam soñaron
Cual celeste visi6n la recordaron.

III.

En alas, no de la pasi6n liviana
Sino de amor respetuoso y casto,
Lleg6se 4 demandarla por esposa
La juventud hebrea : los ancianos

Ministros del Señor y sus tutores
La demanda 4 Miriam participaron,
Y la virgen que 4 Dios se habia ofrecido
Escuch6 sus palabras con espanto.

« Jam6s, dijo, jam6s con hombre alguno
Podr6n unirne conyugales lazos :
De mi virginidad y de mi vida
Hice voto al Señor y quebrantarlo
No osar6. » Los ancianos 4 tan nueva
Revelaci6n de asombro se llenaron,
No comprendiendo un voto que en Judea
Era 4 su parecer voto insensato.

La ley universal de las mugeres
Hebreas : la deshonor y el escarnio
De la esterilidad, pues prometian
Al pueblo de Israel santos or6culos
Que aquel Mes6s rey no de otra tribu
Que de la tribu de Jud6 ser v6stago
Debia : el ser Miriam la mas ilustre
Doncella de linaje tan preclaro,
Imposible en las leyes de su pueblo
Hacian de Miriam el voto casto.

¡ Ah ! ¿ Ni c6mo oponerse 4 los designios
De Dios, que siglos 6ntes que del caos
Brotar hiciera los diversos mundos
Que pueblan los abismos del espacio,
Por sus fines secretos y rec6nditos
Lo habia as6 en su mente decretado ?

De un terrenal amor la llama d6bil
Parece 4 Miriam un fuego escaso
Para su ardiente coraz6n ; mas fueron
Sus ruegos y sus l6grimas en vano.
Los severos tutores 4 sus deudos
A reuni6n dom6stica invitaron,
Para elegir para Miriam esposo
Digno con ella de partir el t6tamo.

Habia entre los hombres
Que de Miriam la mano pretendian
Muchos de ilustres nombres
Que de su misma raza descendian ;
Hebreos poderosos,
Que al esplendor de su elevada cuna
Unian orgullosos
Los timbres de la gloria y la fortuna :
Herederos de jefes y magnates,
Que volvieron un tiempo, de despojos
Cargados, con honor de los combates,
O cubiertos los pechos
De gloriosas heridas ;
Y que 4 los propios y extranjeros ojos

Eran, por su opulencia 6 por sus hechos,
Las glorias de la patria mas queridas.
Hombres, que por su herencia 6 hechos
bravos,

Poseian palacios esplendentes
Y campos florecientes
Y vencidos 6 b6rbaros esclavos

Habia agricultores,
De f6rtiles campiñas y viñedos,
Y huertos y olivares
De ganados sin n6mero señores
Y en las riberas del Jord6n amenas
Eran dueños de mieses y colmenas,
Y de tribus enteras de pastores ;
Y cuyos campos, dehesas y plantíos
Regaban, abundosos
En pescados sabrosos,
Turbios arroyos y profundos rios.

Ricos habia osados mercaderes,
Que cruzando los mares
Venciendo riesgos, superando azares,
Traian de Israel 4 las mugeres
Las turquesas que Iran cria en las faldas
De sus montes y bosques seculares,
De Egipto las costosas esmeraldas,
Y las perlas que esmaltan las coronas
De los altivos reyes ;
Las que entre bosques de coral encierra
En apartadas zonas
El azul golfo P6rsico profundo,
Y que el marino audaz, hollando jeyes
Y buscando la muerte vagabundo,
Disputa al fiero mar hasta en sus senos
De raros m6nstruos y peligros llenos,
Para halagar la vanidad del mundo.
Y otros habia en fin enriquecidos
Con los nobles y espl6ndidos tejidos
Dos veces en la p6rpura teñidos,
Que en aquellas edades
Eran orgullo y gloria
Y hoy son no mas efimera memoria
De Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
Ni entre los en las lides vencedores,
Ni entre los de campiñas poseores,
Ni entre los mercaderes opulentos,
Ni entre los marineros animosos,
Que visitan del mundo los confines,
Los sacerdotes de Salen, guiados
Por el Señor 4 sus eternos fines,
Encontraron aquel que digno era
De aquella Virgen casta y hechicera
Del universo mundo soberana,
Cuyo sagrado nombre

En las borrascas de la vida humana
Mas tarde habia de invocar el hombre.
Nombre á par del de Dios omnipotente,
Que allá en la azul esfera
En su mano eternal apaga el rayo
Que ya pronto á partir vibra estridente ;
De aquella Virgen cuyo puro aliento
Al despertar la fresca primavera
El florido tapiz que envuelve á mayo,
Tiende por la fructifera pradera :
Y á cuyo soplo con susurro lento
Y amoroso, la ráfaga ligera
En sus tallos mecindo va las flores,
Prestando al vago viento
Suave són y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores
El varon elegido
Por los sabios ancianos y tutores
De Miriam, el á todos preferido
No fué jóven, ni rico, ni gallardo ;
Ni guerreros ó cívicos honores
Daban prez á su frente encanecida :
En un oficio laborioso y tardo
Las cosas necesarias de la vida
Con incesante afan se procuraba :
Mas cuanto pobre honrado,
Respetado por todos y querido,
De su alta edad desde el albor primero
En su ciudad natal habia vivido
Y José se llamaba
Y era de Nazaret el carpintero.

Esta eleccion empero misteriosa
Y para el pueblo todo sorprendente
Hízola el mismo Dios, con milagrosa
Disposicion, patente
Haciendo á los ministros del santuario
Su eterna y santa voluntad divina.
Un día de Miriam los pretendientes
Al despuntar la estrella vespertina
Despues de alzar al cielo sus fervientes
Devotas oraciones,
Dentro del templo y cerca del sagrario
Secas varas de almendro depusieron,
Segun de sus mayores
Uso fué y tradicion que recibieron :
Y cuando á la mañana
Siguiendo juntos al santuario entraron
Verde y cubierta de fragantes flores
La seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linaje,
A quien los mas altivos de Judea
Tributaban respeto y homenaje,
Al ver aquel prodigio portentoso
Que apagaba la luz de su esperanza,

Rompió su vara en ademan furioso,
Y cediendo al impulso de su ira
Y ansioso de venganza
Sed que á su alma Satanás le inspira
Atentó de José contra la vida :
Mas á tiempo teniéndose por suerte
Del templo se salió, y á la salida
A sí propio intentó darse la muerte.
Empero en el instante
En que al consejo de Luzbel cedia
Vió de Miriam el cándido semblante
En la alta gradería :
Y en este mismo instante
Aquella aparicion, obra del cielo,
Devolvió su valor á su alma fuerte ;
Y volviendo en sí mismo
Con los santos discípulos de Elías
Se encerró en una gruta del Carmelo,
Y vencido Satan volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores
La eleccion la anunciaron decidida,
Y la casta paloma cuya vida
Como raudal de cristalina fuente
Se deslizaba mansa y dulcemente
Entre sagrados cánticos y flores ;
Aquella virginal naturaleza
Educada en la fúlgida grandeza
Del templo sacrosanto
Se sometió á la vida de quebranto
De ocupacion vulgar y rango oscuro
Que del pobre artesano en la vivienda
Por dilatados años la esperaba ;
Y de los sacerdotes en presencia
Teñido de rubor el rostro puro
Que los rostros angélicos nublaban,
Les anuncio sumisa su obediencia.

Divina inspiracion para consuelo
De su pesar le envió piadoso el cielo :
Y entreviendo su espiritu el futuro
Alto inefable y celestial destino
En la region del porvenir oscuro,
Ante el altar de Jehová postrada
Oró con faz tranquila y resignada :
Y cual viajero que la selva umbrosa
En noche de borrasca tenebrosa
Para seguir aguarda su camino
A ver la luz del astro matutino,
Solo miró en José la protectora
Guarda que Jehová daba á su vida
Contra la muchedumbre tentadora
De riesgos, seducciones y de engaños
Que á la muger entónces como ahora
Cerca falza en los primeros años.

IV.

Días despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calles de Salen,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un palio
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo un dosel.

Allí, conforme al uso establecido
Por viejos patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Virgen
El misterioso anillo nupcial.

Diciéndole: « Hé aquí que eres mi esposa, »
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

Gustáronla los dos : arrojáronse
Todos y bendijeron al Señor :
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios ;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam :
« Tú serás para mí comomi madre (1) :
Yo te respetaré como al altar.
Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
Y ámbos los cumpliremos á la par :
Así llenamos las terrenas leyes
Sin infringir la ley de Jehová. »

(1) Entre los hebreos eran una cosa bastante comun estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decia á su muger : *tu eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con mas razon cuando habia hecho intervenir en el voto, el altar ó el nombre de Jehová, su templo ó el sacrificio. Las mugeres tambien solian hacer estos votos.

Y así su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente.
Así llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente
De que una Virgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V.

¡ Oh cuánto al corazón es halagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia !

¿ A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincon en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasara ?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué á tentar en los azares
De la guerra ó del mar á la fortuna
Y la alcanzó en las guerras y los mares,
Llora al volver á ver en sus hogares
El lugar que ocupó su humilde cuna.

¡ Con qué placer, al espirar un día
De otoño melancólico y templado,
A ver volvió la virginal MARÍA
A Nazaret de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenia !

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias que en Salen moraba.

El pardo techo de su blanca casa
Que cubre el musgo que la lluvia cria,
La puerta hendida por dó el aire pasa
Ve, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á través de sus lágrimas MARÍA.

Y á su niñez tornando el pensamiento
Le recordó desde el primer momento
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.